

La audacia de vender ladrillos

LUIS CARLOS REYES



DURANTE UN EVENTO DE LA CÁMARA Colombiana de la Construcción, el ministro de Vivienda instó a la ciudadanía a “ser valiente” y comprar vivienda. “Queremos mostrarle (sic) a las familias colombianas que este es el mejor momento para comprar vivienda, pero no desde las cifras o los indicadores matemáticos, sino desde la capacidad de cada uno para salir adelante y actuar para cumplir sus sueños”, tuiteó Malagón como parte de una nueva campaña del Ministerio.

¿Será que las constructoras y bancos anfitriones del evento no miran las cifras, sino que se lanzan románticamente a cumplir sus sueños? Por supuesto que no. Pero el Ministerio les está financiando, con dinero público, una campaña publicitaria llamando al ciudadano de a pie a ser “valiente” y comprar casa, pese a que los altísimos precios actuales de la finca raíz son consistentes con una burbuja inmobiliaria. Es alarmante que, en circunstancias así, el Ministerio sugiera que comprar vivienda es una decisión que no tiene pierda, con el corolario falso de que no hacerlo es cobardía. Lo que sí es cobarde es no confrontar los intereses del lobby gremial.

Cuando se revienta una burbuja inmobiliaria, el comprador valiente queda pagando una hipoteca que cuesta más que la casa. Y

según análisis del Banco de la República, utilizando la metodología Case-Shiller (un “indicador matemático” desarrollado por el nobel de Economía que predijo el colapso del mercado inmobiliario estadounidense del 2008), el valor real de la vivienda en Colombia llegó en 2017 a máximos históricos: una caída drástica es bien posible. Hoy más que nunca, las familias deben hacer las cuentas antes de invertir en ladrillos, y el papel del Estado es facilitarles la información necesaria para tomar decisiones financieras racionales, no decirles que crucen los dedos y piensen cosas positivas. Comprar vivienda es una decisión válida, pero para tomarla se necesita cabeza fría, no la valentía recomendada por el audaz lobby de los vendedores de ladrillos. Twitter: @luisrcrh

Productividad

JOSÉ FERNANDO ISAZA



EL DISCURSO DE “ADECUAR LOS programas de estudios a lo que el país necesita” no es nuevo. En las leyes educativas de 1900, se define como prioridad que la educación para los campesinos y los pobres debe ser centrada en el cultivo de las parcelas. Las clases dirigentes orientaban sus estudios al bachillerato clásico, que les permitía acceder a la burocracia.

A partir del plebiscito de 1957, que ordena destinar al menos un 10 % del presupuesto a la educación, la escolaridad muestra avances, de 3,1 años en 1957 se pasa a 4,2 en 1970 y hoy se sitúa en 7,4 años.

En 2015 el número de estudiantes en educación superior llegó a 2'293.000, duplicándose en el período 2003-2015. El número de graduados en el período 2001-2012 alcanzó 4'291.000, incluyendo profesionales, técnicos y tecnólogos. En el año 1960 el número de estudiantes universitarios no superaba los 60.000. Somos un país más escolarizado, ¿sí seremos más educados?

Hacia 1970 la educación básica humanista se empezó a modificar por una más pragmática, menos diletante, más ajustada a la realidad de la economía, a lo que requiera la industria. El lenguaje ayuda: para menospreciar a alguien se le llama “un teórico”. Se inicia la supresión de las cátedras de historia y filosofía. La geometría deja de enseñarse como un sistema lógico deductivo y da paso al simple cálculo de áreas. ¿Para qué un mínimo de rigor si lo que se quiere es el cálculo de ladrillos? Se priva a quien no va a ser un matemático de la enseñanza de un método lógico deductivo. Se entiende que aun personas educadas confunden las condiciones necesarias con las suficientes.

Las facultades de ingeniería ajustan sus currículos, disminuyendo la matemática y la física “no aplicada”.

Si el resultado hubiera sido un aumento de la productividad, al menos podrían justificarse parcialmente los cambios. Las asignaturas “inútiles” (literatura, historia, ciencia política, teoría matemática, filosofía...) son básicas para formar el razonamiento complejo, que permite enfrentar los grandes retos de la sociedad y la vida.

Los resultados de estas políticas medidas en su efecto sobre la productividad han sido desastrosos. La productividad anualizada, en el período de 1967-1974 creció al 2,09 %, luego empezó a mostrar descensos y en algunos períodos (1980-1985) fue negativa: -0,16 %. En el período 1970-1994 fue del 0,83 %. Entre 1998 y 2018 la productividad creció menos del 1 % anual. Puede afirmarse que somos más escolarizados y menos productivos. Se sacrificó la enseñanza humanística sin obtener los resultados buscados.

El PIB de Colombia en el 2018 fue 30 veces mayor que el de 1960. Si se toma como indicador de modernidad el número de ingenieros graduados, en 1960 era 2.414, en el 2018 superan los 550.000, es decir 227 veces más que en 1960. Difícilmente puede concluirse que el ajuste logró los resultados esperados.

Las cifras sobre productividad se refieren a la productividad total, mano de obra e inversión, esta última ha mostrado crecimientos superiores a la productividad del trabajo.

El pretender formar profesionales con una limitada visión del mundo y enfocada más en su desempeño laboral no solo está creando barreras a su papel como ciudadanos, sino que lejos de impulsar la economía la puede estar debilitando. No se debe “entrenar” profesionales, ese término es más adecuado para la domesticación de los animales; se debe formar ciudadanos.

Osuna



Divididos pierden

Nairo, sostenible

BRIGITTE LG BAPTISTE



LA MEJOR MANERA DE ENTENDER la sostenibilidad es ver a un campeón del ciclismo descendiendo a toda velocidad en una ruta llena de curvas peligrosas y estrechas con un aguacero en el rostro. También, ver a un temerario distribuidor de Rappi o a un juicioso estudiante recorrer las cada vez más abundantes ciclovías de las ciudades colombianas: hay tal compenetración entre el “caballito de acero” y su jinete, que es fácil entender la unidad de la biología y la cultura. Un ciclista es, como se dice que pensaban los indígenas de los jinetes conquistadores, un organismo complejo, una nueva especie que existe solo en movimiento, en medio de un equilibrio dinámico que requiere un ajuste instantáneo de las fuerzas físicas, biológicas y cognitivas que permiten recorrer una trayectoria, y siempre hacia adelante. El ciclista cuántico Prigogine lo tenía bien claro: no hay reversa.

La sostenibilidad, como atributo de los sistemas complejos, es una cualidad que se

cultiva, se fomenta, se incita y se desarrolla. Se puede medir. Nada puede existir con sostenibilidad nula, tampoco existe un “estado perfecto” sostenible, pues no hay manera de que el ciclista pedalee perpetuamente: está obligado a cambiar de estado de tanto en tanto y romper ese maravilloso estado híbrido en el que son tan importantes las comunidades de microorganismos intestinales del deportista como la eficiencia del mecanismo de frenado o de intercambio de velocidades, la agudeza de los sentidos (en especial la sinestesia) y la capacidad de procesamiento de la información ambiental, que afectan constantemente el equilibrio. Un ciclista vive permanentemente en riesgo de caída y, sin embargo, lo asume. Un ciclista es un modelo de incertidumbre que se resuelve a cada instante con eficiencia y alegría.

Cuando una persona decide emprender una travesía en bicicleta para llamar la atención acerca de la protección de la danza de montaña, como Paulo Quintero en Pereira, está iniciando un viaje que depende de su existencia como sistema sostenible. Si no come bien, si no entrena, si no recibe el apoyo de las personas a quienes visita para llevar su mensaje de conservación, no existe: un ciclista quieto es todo potencia, todo frustración. Todo emprendimiento en la vida requiere esa perspectiva de conectividad y convergencia de fuerzas biológicas, físicas y culturales para llegar a una meta y reiniciar otro trayecto, porque moverse es su naturaleza y emprender es un propósito de la voluntad que para llegar a feliz término requiere conciencia profunda de las condiciones que le mantienen en movimiento.

La idea de emprendimiento sostenible emerge como un llamado a que todas las actividades humanas reflexionen acerca de sus propuestas de transformar el mundo con el criterio del viajero en bicicleta; es decir, con la conciencia de que es necesario mantener un equilibrio dinámico, creativo y gozoso, además de eficiente, sin un sentido único: llegar a una meta incluye la posibilidad de muchas modalidades, del paseo lento y divagador hasta el trayecto veloz y competitivo. En bicicleta se goza la incertidumbre.

Los nuevos tiempos requieren formarnos en sostenibilidad para que todo emprendimiento, público o privado, individual o colectivo, sea fructífero y esté en armonía con la funcionalidad de los ecosistemas. Es la apuesta por la adaptación que hace una cultura también capaz de construir bicicletas virtuales para volver a recorrer el mundo, felices.